

CARLOS MENESES

CUENTO DE JULIO RAMÓN

No recuerdo en qué estación del año nos encontrábamos, más bien sí que la conversación la sosteníamos en el departamento de Julio Ramón en rue Saint Severin. Habíamos estado charlando de diferentes temas cuando el dueño de casa me preguntó inesperadamente para mí, ¿conociste a Panchito? En ese momento sólo escuché su voz, una nube de humo ocultó el rostro de mi amigo. Yo repasé velozmente todos los Franciscos, Pacos y Panchos que conocía y sólo encontré un Panchito, que en el primer año de primaria se sentaba en la misma carpeta que yo. Opté por lo más lógico, respondí con un no, que me salió como entre signos de interrogación. Julio dio otra calada a su cigarrillo y siguió: era un chico de Surquillo, de familia muy humilde, que en 1950 más o menos, trabajaba en el club Terrazas de Miraflores como recoge pelotas. Conocía más o menos bien el Terrazas, había visto varios encuentros de tenis en ese club, pero no recordaba al tal Panchito que rememoraba de Ribeyro.

Al descubrir mi ignorancia tan total sobre el personaje miraflorentino o surquillano, Julio Ramón me abasteció con sus recuerdos bastante diáfanos. El padre tenía un quiosco en el que se vendía desde caramelos hasta chicha morada. Ese negocio estaba situado frente a lo que más adelante sería el parque Miranda. La mayor referencia que te puedo dar, me dijo, es que el cine Marsano

estaba a pocos metros. Fue suficiente, vi clarísimo el lugar. Un enorme terreno baldío que se animaba con la llegada de un circo o de una feria con caballitos y rueda Chicago. Pero mi desconocimiento del personaje de la historia persistía.

Hubo un breve silencio, el narrador se puso de pie, fue a una habitación interior y volvió con una botella de vino tinto. Mientras vertía el líquido rojizo en dos copas alcanzó a decirme, yo no lo conocí en Lima, me enteré aquí de lo del Terrazas. Panchito debió haber llegado a París casi por las mismas fechas que yo. Encendió otro cigarrillo, brindamos por el recuerdo del para mí enigmático personaje, y Julio apagó una sonrisa para decir que a este tipo de personas les podía pasar de todo, desde lo mejor hasta lo más triste. Ojalá que no sea lo último, acoté yo. Ribeyro me miró como si me agradeciera en nombre del susodicho. La última vez que me encontré con él, estaba muy delgado, el cutis amarillento y daba sensación de gran debilidad. Con una voz de niño Pancho me dijo “el negocio va mal”. Procuré no reírme de lo último que me dijo Julio.

Por lo poco que me había contado de la historia de Panchito, deduje que él le tenía una gran simpatía, que le hacía gracia y que disfrutaba rememorando todo lo que sabía del recoge pelotas del club miraflorentino Terrazas, un curioso personaje peruano que debía vivir en Francia rodeado de compatriotas entre los que sobresalían escritores, pintores, actores de teatro, y otras profesiones muy alejadas del quehacer del hijo del quiosquero. Me intrigaba el motivo por el que le daba tanta importancia a un muchacho que debería ser de nuestra misma edad y que yo, por el momento, consideraba escaso de relieve.

Se recogió con mano ligera el mechón de pelo que le caía sobre la frente, pegó una nueva calada al cigarrillo y miró el poco

vino que quedaba en nuestras copas. La vida de Panchito alcanzó grandes alturas en este país. En Lima era un desconocido, tal vez se fijaba en él algún socio del Terrazas cuando jugaban tenis pero nada más. En cambio él sí se fijó en los socios que acudían a jugar ese deporte, y sobre todo, posó la mirada en una muchacha muy bonita, que había sido elegida Miss Miraflores en el reciente carnaval limeño. Por supuesto no avanzó más, no se atrevió ni a dirigirle la palabra y menos a una tímida sonrisa estando frente a ella. Mirada furtiva y de ahí no pasó, concluyó Julio.

Con las escuetas pinceladas que me había trazado mi amigo narrador tanto de la chica como del recoge pelotas, y de la manera como me había relatado la actitud más que timorata respetuosa por parte de Panchito, ya podía iniciar deducciones y hasta adelantarme a mi relator para lanzar alguna opinión sobre lo que podría haber sucedido con los dos personajes tal desiguales física y socialmente. Por supuesto, veía un romance muy desigual aunque en lontananza. Y llegaba a pensar en una seducción prácticamente cinematográfica, de parte del chico de escasa estatura social y física. Pero preferí callar y aguardar nuevos recuerdos del narrador.

Tenía información suficiente como para imaginar a Pancho en su tarea de Las Terrazas. Un muchacho de baja estatura, de cabello negro y liso, de ojos muy vivaces y piel acanelada. Incluso tenía la visión de ese muchacho siguiendo con una gran atención cómo iba la pelota de un lado a otro y estar dispuesto a recogerla con la velocidad de un tigre lanzándose sobre su presa para devolverla cuando la perdían los jugadores. Y también cuando terminada su tarea, recorría como queriéndose hacerse invisible los salones del club. Pero sobre todo en el momento en que vio a esa muchacha rubia. Sonriente, vigorosa y sobre todo bonita. ¡Qué

emoción! Contemplar esa figura. Qué drama saberla tan lejos de sus posibilidades.

Tras un movimiento nervioso de brazos y manos, el dueño de casa se puso de pie. Anduvo unos momentos de un lado a otro de la habitación sin dejar de narrarme la vida de Panchito. Me abstuve de interrumpirlo pero seguí pensando en un romance, aunque por el tono de voz de Julio empecé a considerarlo un romance frustrado y hasta dramático, no quise utilizar la palabra trágico y pensar en una de esas parejas que se aman por encima de reproches, prejuicios, violencias y que llegan a la literatura, se podría decir, que obligatoriamente. Preferí que Ribeyro fuese quien hiciera las aclaraciones pertinentes, así que esperé pacientemente hasta que mi amigo, tras encender un nuevo cigarrillo, me confió que tanto él como ella habían venido en diferentes fechas a París, pero calló para servir más vino en las dos copas.

Hicimos un brindis por Miraflores, dijimos algo sobre el buen vino que estábamos bebiendo, y casi enseguida Julio retomó el hilo narrativo. Hay momentos en que se piensa que la fuerza de los sentimientos puede hacer milagros, pero en este caso no los hubo. Nueva pausa, Julio fumaba con deleite. Panchito subió en el Callao a un barco que lo llevó a Buenos Aires, y de ese puerto se vino a Francia porque intuyó que la policía le pisaba los talones. Se había alejado del Terrazas, y trabajó ayudando a su padre en el quiosco, pero esa tarea no era para él y el negocio paterno iba de mal en peor. Había que buscar otros horizontes. Panchito se inició en ellos con temor como todo debutante pero pronto dominó la tarea y actuó con gran desenvoltura, los ágiles dedos de sus manos eran la clave. Como consecuencia de esas nuevas ocupaciones debió pasar más de una noche en la comisaría y recibió un bofetón en la cara que su memoria nunca pudo olvidar.

— ¿Qué hizo? ¿Robó? – inquirí.

— Cantidades insignificantes. Tenía que comer por lo menos una vez al día y tomarse una cerveza o ir al cine y al fútbol, y le gustaba vestirse bien algo ajeno a sus ingresos, eso fue lo debió conducirlo al nuevo oficio –, me comentó Julio.

— ¿Qué motivó su presencia en París? Buenos Aires me parece bien, pero venirse a París sin tener una profesión ya es arriesgar demasiado.

— Yo creo que más que huir quiso sentirse importante cambiando de escenario, conocer mundo. Era hombre muy inquieto y bastante ambicioso. De él se podía esperar la alegría y el horror en dosis elevadas. Probar fortuna en otro país, sobre todo de Europa debería haberlo hecho pensar en la huella dejada por los grandes gangsters de Estados Unidos. Aparte de que no era un ignorante total, sabía nombres de algunos escritores y artistas que habían triunfado en Francia y eso debió haber influido, sumado a que la policía en Lima ya lo estaba conociendo demasiado.

Durante un instante tuve la sensación de que Ribeyro se alejaba de la historia que me estaba relatando, miraba hacia un lado y otro como si buscara algo que estuviera cerca. Me mantuve callado aguardando a que mi amigo tomara una decisión. Fue un detraimiento muy breve de la vitalidad de la conversación y cuando volví a escuchar su voz, la sentí más firme y con acentos de buen humor. Tenía una foto en la que estamos varios peruanos con Panchito calato con sombrero y botas altas, pero no sé dónde la puse. La hizo Olivares y me la regaló. A veces, esas reuniones de peruanos que incluían algunos de otras nacionalidades, surgían inesperadamente, sin previo aviso. No recuerdo quién del grupo me dijo que le parecía que Pancho guardaba algo en sus bolsillos,

que no eran billetes. Debe ser un secreto, me manifestó mi informante. Llegué a olvidar completamente ese dato, me confesó Julio Ramón.

No era un relato lineal el que me hacía Ribeyro. Me parecía muy bien que creara un ambiente de misterio, aunque yo sabía que la forma desordenada como refería la historia no era habitual en él. Otras veces me había contado episodios sobre amigas, sobre gente que estaba de paso por París o momentos dramáticos de alguien que por falta de los papeles sustanciales para permanecer en Francia, pasaba noches de insomnio, y lo había hecho sin pausas o sin cambios de tiempo. No me molestaba en absoluto el tratamiento que le estaba dando a la presencia del tal Panchito en París. Al contrario de esa forma, por momentos inconexa, lograba mayor atención de mi parte.

Volvió a sonreír y retomó la historia. El atractivo que Panchito ejercía sobre ese grupo de peruanos o, es mejor decir, latinoamericanos, residía en su generosidad. No todos pero varios solían tener dificultades para cubrir gastos indispensables. Panchito no era el banco que aplicaba altos intereses, prestaba sin fijar fecha de devolución, a veces decía “me lo devolverás cuando yo no tenga ni un cobre”. El sabía lo que significaba estar con los bolsillos vacíos, lo había experimentado en Lima y, posiblemente, en los primeros días en tierra francesa. No era un Juan Lanas que al primero que le pedía un préstamo le entregaba la cantidad deseada. Pero siempre procuraba cubrir esas deudas ajenas que amenazaban con serias complicaciones. Ribeyro bebió el último sorbo de vino que quedaba en su copa.

Creo que fue Tossi, me dijo Julio sin perder el ritmo del relato, el que estaba muy intrigado con el misterio del bolsillo superior del saco de Panchito. Pero no hallaba la forma de distraer

al Robin Hood mirafiorino para registrar ese bolsillo. Con tono filosófico me decía Tossi, ya llegará el momento. Estoy seguro de que no esconde dinero, tal vez una joya. Tal vez una foto familiar. Eduardo Carcelén, que solía tomar unos tragos con Panchito los fines de semana, si nuestro generoso amigo tenía libre esos días, descubrió otro misterio pero no lo pregonó, lo guardó como si fuera un secreto de alto espionaje. Pasaron semanas, y hasta meses, sin que divulgase lo que había descubierto en la vida azarosa y francesa de Panchito.

Sentí la necesidad de preguntarle a Julio si él se llegó a enterar en qué consistían esos secretos. También me intrigaba saber dónde había vivido Panchito y si aún lo hacía en el mismo sitio. Ribeyro me miró serio, pero su voz brotó amable. Claro, hay muchas oscuridades en la vida de Pancho. Su bohemia era asaz diferente a la nuestra, me desagrada llamarle delincuente o algo semejante, prefiero considerarlo un bohemio. Techo fijo bajo el que guarecerse no tenía. Siempre a salto de mata. Algunas veces incumplía un préstamo a uno del grupo, no por mezquino, porque estaba huido. Eran tiempos en los que había dejado la individualidad y empezaba a trabajar con unos especialistas en joyerías. Les falló un golpe que Panchito anunciaba que iba a ser celestial. Los chicos de la banda desaparecieron de París. Al pobre necesitado del préstamo lo tuvimos que socorrer entre todos. Me dijo sonriente y gesticulando Julio Ramón.

Las numerosas pistas que me daba sobre Panchito en París me mareaban un poco, y estaba dispuesto a pedirle que por un momento narrara en forma lineal, hasta que yo fuera dueño de la claridad del relato. Pero justo cuando le iba a pedir que aunque se dispersase preferiría que los caminos que iba tomando el relato se concretaran un poco, no todos, los esenciales. Como si

me hubiera leído el pensamiento, Julio dijo igual que momentos antes, detrás de un globo gris que no dejaba verle la cara. Tossi persistió en su afán de descubrir qué llevaba en el bolsillo superior del saco. Y una mañana que Panchito vino a refugiarse a su casa y para acostarse dejó su vestimenta sobre una silla, el dueño de casa con dedos de malabarista extrajo la chaqueta del montón de ropa y sacó con agilidad de malabarista un pequeño envoltorio del bolsillo que tanto le obsesionaba.

— ¿Era una foto? – inquirí sin poderme contener.

— El propio Tossi me contó toda la aventura. La rapidez con que tuvo que actuar. La minuciosidad para volver a dejar el paquetito como estaba, el miedo que pasó ante el temor de que Panchito despertase cuando él no había aún terminado de saciar su curiosidad. Y me aseguró que el registro del bolsillo había sido perfecto y que Pancho no se había enterado de que su secreto estaba en camino de ser vox populi.

— ¿Y qué fue lo que encontró al abrir ese paquetito? – pregunté nuevamente indiscreto y ganado por la curiosidad.

— Cuando Tossi me lo dijo, ya lo había contado por lo menos a media docena del grupo. El secreto corría de boca en boca. Nos reímos durante un momento, hasta que yo reaccioné contra esas carcajadas vacías, por qué reírnos del comportamiento de Panchito. Al contrario, era motivo para tenerle aun mayor afecto, concluyó Julio.

En los prolegómenos de un claro entusiasmo, Ribeyro desapareció por un momento y volvió con otra botella de vino que mostraba consumo muy avanzado, el licor rojizo escasamente cubría la tercera parte del envase. Reanudó la tarea de enlazar recuerdos, la foto era de un recorte de periódico, los pétalos secos

que la rodeaban parecían los de un clavel, me contó Ribeyro que se lo había comunicado Tossi, y continuó, le dije a Tossi que eso era lo que le faltaba. Ahora nuestro amigo era más humano que todos nosotros, había transitado por variedad de mundos con las respectivas emociones que cada ambiente le causaba. Vertió vino en ambas copas, bebimos en silencio como si reverenciáramos lo que yo suponía como el doloroso enamoramiento del ex recoge pelotas.

Tras el deleite de un buen sorbo de vino, Julio reinició la conversa y el desvelamiento del secreto. Tossi pensó en una chica francesa, guiado por el apellido que le parecía de la Francia del sur. Yo me inclinaba por un apellido italiano. En ese momento recordé el apellido de la chica que él veía de lejos en Las Terrazas. Hice deducciones, me dijo Julio Ramón, ese diario debía ser de Lima, el recorte con foto lo había traído del Perú, la guardaba como su mayor tesoro. Los pétalos de clavel podrían proceder de días más cercanos, de algún jardín parisino. Luego, Julio agregó con cierto tono de alegría, tal vez la chica está en París y Pancho la visita como quien va al Paraíso. La sonrisa de mi amigo escritor evidenciaba satisfacción por el placer ajeno.

Evocó Julio como si extrajera con la fuerza de la emoción un recuerdo de su memoria, que ese Olivares que tomó la foto del grupo con Panchito, le había contado que su amigo, tan insistentemente perseguido por uniformados y sin uniforme, en algunos momentos, solía despedirse apresuradamente de forma sorpresiva y se alejaba a paso corto pero veloz. ¿Urgencias del trabajo? ¿Un guardia que atisbaba sus movimientos? ¿Alguna amiga íntima, por qué no? A partir de las deducciones de Olivares, Julio Ramón antepuso intuiciones y deducciones propias. ¿Vive con ella? La eliminé enseguida, le oí decir. Tiene una guarida donde guarda el

fruto de su trabajo y lo controla continuamente? Tampoco. Luego dijo muy sereno, lo de Olivares hay que sumarlo al descubrimiento de Tossi y obtendremos el resultado exacto. Se puso de pie y me habló como si hubiese retrocedido hasta esos días en que se descubrió la vida sentimental de Panchito.

Miré el reloj, habían pasado tres horas desde mi llegada al departamento de Julio. Él me preguntó si ya tenía que irme, le contesté que no había prisa. Bueno, dijo, de todas maneras aceleraré para llegar pronto al final. Fue otra vez Olivares el que abrió ventanas indiscretas. Era muy amigo del Flaco Carcelén, y este a su vez era compañero de tragos de Pancho, aunque tal reunión no se celebraba continuamente. Carcelén no necesitaba deducciones ni espionajes de ningún tipo. Sabía perfectamente cuáles eran las razones de esa desaparición rauda y aparentemente inmotivada del protector del grupo. Cuando se encontraba con Pancho no necesitaba decirle ¿a qué bar vamos? Desde donde estuvieran tomaban el Metro y llegaban a la Bastille, y cerca de la casa en la que había vivido Víctor Hugo estaba el bar elegido por Panchito para estos encuentros con libaciones.

Me imaginé al aventurero mirafiorino de treinta años. Nunca totalmente tranquilo. Siempre vigilante, siempre atisbando a izquierda y derecha. Atento a lo que le decía su amigo Carcelén pero más a lo que estaba sucediendo a su alrededor. Un guardia, un detective en las cercanías del bar era motivo suficiente para que se levantase y casi emprendiera la carrera. Ese Carcelén le había contado a Olivares y este, repetido ese cuento a Julio Ramón que estaba seguro de que no se trataba de miedo a la policía, aunque sí lo había, que esas escapadas inusitadas se debían a algo muy diferente, pero no decía cuál era esa diferencia. Solo sonreía con un ligero aire triunfal por saber lo que los demás ignoraban.

Julio me miró fijamente, pensé que algo le molestaba, no era así, dijo apagando un poco la voz, me costó trabajo que Carcelen cantara, pero lo conseguí, se frotó las manos de satisfacción renovada, volvió a coger el cigarrillo y le dio nueva calada, y tras eso sentenció, era cierto lo de la chica del Terrazas. Aunque es necesario agregar muchos otros aspectos antes de certificar que se trataba de un romance, le brillaban los ojos y sus movimientos implicaban una relativa felicidad. Una tarde, siguió relatando Julio, estando próximo a la Bastille, Panchito vio una pareja empujando un carretón de los que se utiliza para el ramasagge. No le llamó mucho la atención, de esos carretones y esas parejas hay muchos en París. Pero sus ojos debieron quedar como alelados mirando hacia la bella cara de la muchacha. Me expuso el narrador.

Mientras oía el relato de Julio, iba viendo las escenas ayudado por mi imaginación. Un Panchito que tal vez había terminado un instante antes su trabajo de prestidigitador y guardaba en un bolsillo el resultado de esa delicada tarea. Hombre joven, de indudable procedencia latinoamericana, más bien que mal vestido. Distrayendo la vista en la gente que circulaba a su alrededor, como si quisiera olvidar el juego de manos practicado en el Metro y que le permitirá mejorar la calidad del restaurante así como el menú. Y, sin buscarlo, en su ángulo visual aparece un rostro de chica de rasgos faciales perfectos, aunque no peinada ni maquillada con esmero. A su lado, un hombre joven de cabello oscuro, alto y fuerte. Los dos se turnaban para empujar el carro, aunque el turno del hombre era de mayor duración que el de la mujer.

La voz de Julio tenía ligeros acentos de emoción. Panchito solo atinó a seguirlos un trecho sin ser descubierto, sobre todo por los ojos celestes de ella. Los vio llegar hasta la zona palestina de ese barrio, y en un recoveco de la vereda los perdió de vista. No le

cabía ya la menor duda a nuestro personaje de que esa muchacha era la misma que había visto en Las Terrazas. La misma de las fotos en los diarios. Julio me dejó participar en su elucubración. Debió causarle alegría pero también tristeza, dije. Las distancias entre ambos seguían existiendo a pesar del cambio de escenario, argumenté. No te equivocas me respondió Julio. París no conserva los prejuicios de Lima pero Panchito se los había traído en la maleta. Tenía razón y callé.

Me había dicho también Julio, que Panchito utilizó tanto a Carcelén como a Olivares para averiguar el domicilio de la musa. Inesperadamente el narrador hizo una pausa. Llamaban a la puerta. Dio unos cuantos pasos y abrió. Era Jacqueline Weller que venía a devolverle un libro, nos saludamos y ella adelantó: solo estaré un ratito me están esperando en el café de abajo. Aún no se había sentado cuando Julio le comentó, que me estaba contando las aventuras de Panchito. La chica francesa más peruana que muchos peruanos hizo un gesto como si estuviera viendo fantasmas. Puedes agregar algo, le pidió Ribeyro. Ella sonrió con esfuerzo y solo dijo, mejor no crearía un clima tenso.

Optó por despedirse con la misma grácil amabilidad con que la saludó al entrar. En el ínterin pensé que un Panchito valeroso había decidido intentar la seducción de Jacqueline como un ejercicio previo al gran deseo de seducir a la chica de Miraflores. Las palabras de la francesa nacida en Río y criada en Lima donde permaneció hasta los 20 años echaron por tierra mi planteamiento. Recordarlo me da escalofríos dijo cuando se dirigía a la salida, hasta ahora no he podido catalogarlo, angelical, ruin, malvado, exacerbado, a quien clava un cuchillo a una vieja indefensa no merece perdón. Sonrió en el momento de salir, la agradable señorita Weller.

— ¿Mató a un vieja? – interrogué a Julio con voz ligeramente temblorosa.

— No llegó a tanto – explicó Julio. Jacqueline le tiene inquina desde ese episodio, ya te lo contaré.

— ¿Estuvo preso por eso?

— Considera que Pancho era un delincuentillo, acostumbrado a alternar con matarifes – no respondía directamente a mi pregunta pero me ayudaba a conocer mejor al protagonista de la historia.

En ese bar cercano a la Bastille, siguió contando Julio Ramón, tuvo lugar una conversación muy diferente a todas las que habían sostenido entre Pancho y Carcelén. El generoso y apasionado peruano le agradeció a su amigo el cumplimiento de su petición. Carcelén había apuntado en un papel blanco con letras de molde, la dirección deseada por Panchito y detallado que dentro de la enorme y vieja casa había una escalera zigzagueante, y que la chambre de bonne que ocupaba la señorita buscada estaba signada con la letra B. Pancho, siguió refiriendo Ribeyro, sacó de un bolsillo un sobre y le pidió a Eduardo Carcelén que escribiera el nombre y la dirección que había averiguado. Cuando el fiel amigo finalizó la tarea el bohemio según Julio, dejó caer como al descuido y hasta con elegancia, unos tres o cuatro billetes de no muy escaso valor. Su acompañante solo sonrió y guardó con prisa el donativo. Ribeyro concluyó su comentario con aire triunfal.

Nuevamente funcionó mi imaginación. Vi a un Panchito serio, como un importante hombre de negocios situado en la cúspide del mundo financiero. Todos sus movimientos eran parsimoniosos y seguros. No había dudas ni decaimientos, tampoco sonrisas. La hábil maniobra de la entrega de billetes a Carcelén la consideraba

como la de un célebre mago que saca lámparas encendidas, un vivaz conejo y hasta un chihuahua de las mangas de su saco. Todo un señor dueño de la situación, pero en el momento en que Carcelén le devolvió el sobre y retornó a leer lo que había anotado su amigo, apareció una grieta en medio de la seguridad de su rostro. ¿No sabía escribir? ¿Comprobaba las distancias que existían entre él y la chica? ¿Ella no toleraría nunca a su lado a quien había visitado tantas comisarías y cárceles de varias ciudades?

Julio continuó la narración. Tras indicarme que conocía poco esa zona, pero dándole la importancia histórica que le correspondía, alargó su información. Pancho debió creer que el pacto con Carcelén englobaba silencio total sobre el asunto de la chica mirafloresina. Pensaría que algunos billetes mayores que los entregados cerrarían la boca de Carcelén eternamente. Gran ingenuidad de su parte. Carcelén confió la historia a Olivares, este a Tossi, y luego a todos los peruanos y no peruanos que conocíamos a Panchito. Pero ese flaco vago y que vivía del cuento sin arrepentirse de esquilmar a otros que estaban peor que él cayó en la tentación.

Mientras seguía relatando las decisiones de Panchito en relación con la chica, así como las bromas de quienes enterados de su bondad tejían en torno al querido ex recoge pelotas, yo iba viendo como en una cinta cinematográfica el desarrollo de toda esa jugosa semblanza de un romanticismo unilateral. Me imaginaba a un Carcelén siempre mal vestido y también mal afeitado, contándole a Olivares: esa hembra está como se pide, carreta, no creo que le dé bola a nuestro compadre. Y Olivares ya con todo el conocimiento del asunto diciéndole a Tossi, está enamorado hasta las patas, no sé qué piensa hacer, Carcelén que vaga todo el día por París ha encontrado su *modus vivendi*, y le ha comunicado a

Pancho que su gila debe la casa, al panadero, al lechero, a medio mundo. Risa de altos decibelios.

Julio Ramón se paseaba por la habitación como un profesor que está dictando clase: Panchito utilizaba a Carcelén continuamente, en consecuencia, cada vez la retribución era mayor, porque la importancia de la gestión también era creciente. Claro, pensaba yo, podía ser descubierto por el novio de la chica y obligado a decir por qué dejaba esos sobres bajo la puerta de su chambre. Y el riesgo en un trabajo sea cual fuere eleva la paga. Pregunté a Julio ¿cuánto tiempo duró esa situación?, si la chica aún estaba en París y ¿dónde se encontraba Panchito? No respondió a todas mis preguntas. Arguyó que Elisa, la musa de Panchito, inspiradora involuntaria de nuevas habilidades para que su anónimo enamorado incrementara ingresos que repercutieran sobre ella, había podido cubrir sus deudas. Que se sabía que ya no hacía ramasagge. Y que según informaciones de diferentes componentes del grupo peruano, estaría pensando en volver a Lima.

Preferí dejar de pensar por un momento en la mejorada situación de la idealizada novia de Pancho, y saber dónde se encontraba en esos momentos. Me interesó mucho más saber qué había pasado con Pancho y cómo se había producido la escena en la que el recoge pelotas armó su mano con un cuchillo y se lo hundió a una mujer. Gajes del oficio, dijo casi sin pensar Julio. Mejoró la información inmediatamente, más que una rectificación fue una ampliación, los enamorados apasionados son un peligro constante. Y ya no me dijo nada más que sirviera para calmar mi sed de conocimientos.

Ante mi insistencia por saber algo más de esa violencia sangrienta, Julio Ramón, tras encender un nuevo cigarrillo, me ex-

plicó que era una pobre vieja que había prohiado a Carcelén, un vago sin oficio ni beneficio. Todo ocurrió en los días turbios en que Panchito que concurría diariamente a las seis de la tarde a la Bastille, porque era la hora en que pasaba su amada y él se extasiaba viendo su divino transcurrir, lo dijo con sorna Julio, y añadió, al no verla varios días seguidos se desesperó. Durante numerosos meses había procurado eliminar la pobreza de la mirafiorina teniendo como mensajero al Flaco Carcelén, y casi todas las tardes la veía pasar empujando el carretón con el novio al lado. Debíó pensar que sus envíos eran exiguos y debía aumentarlos.

Fue Olivares quien queriendo o sin querer puso luz en esa oscuridad, me contó el empedernido fumador. Nadie veía a Carcelén hacía por lo menos una semana. Papa Guti, antes del accidente que le costó una pierna rota, le refirió a Tossi que lo había ido a buscar porque este le tenía prometido darle unos francos para comprar un libro y la dueña de casa, que le daba techo pero no yantar, con una mirada de absoluta desconfianza no había querido decir nada sobre el paradero del perfecto haragán. Se fueron uniando conversaciones, descubrimientos y suposiciones y convirtiéndose en un factor decisivo para enajenar al enamorado.

Julio, añadió que Panchito llegó a conocer el conjunto de verdades y mentiras, y montó en cólera. Ahí empezó su desgracia. Cerró el comentario haciendo un nuevo brindis.

Cuando se supo lo del asalto con cuchillo a la pobre vieja, surgieron variedad de versiones. Para los más serios del conjunto, Pancho, conocedor de la dirección de Carcelén, fue en su búsqueda y la mujer de la casa no quiso abrirle. Cegado por la ira abrió la puerta a patadas y como la anciana no lo dejaba pasar, el rabioso enamorado la habría empujado para poder llegar a la habitación donde erradamente intuía que podía estar Carcelén, ella se defen-

dió con la escoba y en esa especie de forcejeo, la ira, el amor descompensado y la deslealtad del gran vago desbordaron los nervios de Panchito que hizo uso de su arma blanca.

Imaginé la desolación de Panchito. La mujer con un costado sangrante en el suelo, él sin saber si seguir casa adentro o huir velozmente, debió hacer las dos cosas pero el infortunio ya lo había elegido. Su fuga no tenía dirección, era a ninguna parte. Tiró el cuchillo como queriendo borrar parte de lo sucedido. Debió pensar en volver a la Bastille y verla pasar, tal vez por última vez. Cuando retornó de la locura se echó a llorar. No hubo consuelo, todo el mundo era su enemigo.

En el momento en que me despedí de Julio ya era casi medianoche. En la puerta de su departamento, tras mostrar una sonrisa y con voz que trasuntaba más que pesar por su personaje pulverizado, ansias de hacerlo pasar de lo real a lo eterno, comentó casi sin mirarme: Estaba muy débil, tal vez tuberculosis traída desde Lima. Y en la cárcel sin auxilios médicos, completamente solo. Mejor pensar que ha muerto, para qué seguir creyendo que vive atormentado. El mal y el bien se buscan como dos amantes, Pancho era carne de esa convivencia. Papa Guti averiguó que de la cárcel de París había sido enviado a otra de Marsella. Quién se acuerda ahora de Panchito, dije en voz muy baja y salí de la casa de Julio. En el camino a mi hotel, sentí el estallido de una bomba, recordé que vivíamos días confusos y de terror, Argelia quería su independencia.